



► 19 Agosto, 2015

Tiempos de Barcelona (3)

La amenaza invisible

Las epidemias han sido un capítulo recurrente en las crónicas de la ciudad: la última se registró en 1971 y fue de cólera

Santiago Tarín



No hay nada más aterrador que una amenaza invisible. Lo que no puede verse nos causa un temor irracional, por mucho que la ciencia avance. Las crónicas de Barcelona recogen como la ciudad padeció sucesivas epidemias a lo largo de su historia, que diezmaron la población. La peste, la fiebre amarilla, el tífus o el cólera dominaron la vida urbana, y aunque pueden parecer azotes de otras épocas, la última que se ensañó con la ciudad ocurrió en 1971.

Daniel Venteo, historiador y museólogo, relata como la última pandemia registrada en Barcelona ocurrió en 1971: fue el cólera. Duró alrededor de tres meses, se contabilizaron tres muertos y más de 400 ingresos hospitalarios. Rastrear la hemeroteca de esos días, entre julio y septiembre, es un ejercicio curioso: mientras oficialmente se negaba la existencia de la enfermedad (el régimen no toleraba que algo así pudiera ocurrir en España), se daba cuenta de que se iba controlando el brote. Por ejemplo, el 7 de julio la dirección general de Sanidad hacía público un comunicado según el cual los datos sobre el cólera eran producto de una "información tendenciosa de algún periódico extranjero", pero el 24 del mismo mes se daba cuenta de que ya se había controlado la enfermedad en la cuenca del río Jalón y en Zaragoza. El 26 de octubre se informó de que Francia ya no exigía la vacuna para entrar en el país vecino desde España, que era el circunloquio empleado para decir en realidad que había pasado el peligro. Pero no fue una situación de risa: el hospital del Mar (que ya nació en 1905 para hacer frente a las pandemias cíclicas que sufría la ciudad) abrió una unidad de diagnóstico y tratamiento del cólera en tres pabellones del centro, ante la gravedad de la situación.

Pese a todo, la Barcelona de los setenta no tenía nada que ver con la del siglo XIV. En mayo de 1348, un barco procedente de Génova atracó en la ciudad para descargar sus mercancías. La mayor parte de su tripulación ya estaba en las bodegas, enferma. Una vez en el puerto, primero empezaron a morir los estibadores y luego devastó al resto de la población. Era la peste negra, que se llevó por delante al 60% de los barceloneses, según algunas fuentes, aunque es prácticamente imposible contar con un recuento fiable.

Para los ciudadanos de esos tiempos, una pandemia de este tipo parecía el fin del mundo. La gente moría a mansalva; es fácil intuir por qué: las condiciones higiénicas eran deplorables y además había sido un año muy frío, precedido por malas cosechas, con lo cual los barceloneses estaban ya muy debilitados.

Recientemente, las excavaciones



KIM MANRESA

han puesto al descubierto una fosa común donde posiblemente fueron enterradas víctimas de la peste, porque los cementerios estaban atestados, en la iglesia de Sant Just i Pastor,

En 1971, al mismo tiempo que se negaba la pandemia, se informaba de su evolución y control

en el Barri Gòtic. Ante la gravedad de la situación, el Consell de Cent creó la Junta del Morbo para afrontar la catástrofe.

Como faltaba una respuesta científica, la gente buscó el amparo del po-

der divino: si el hombre no podía, que Dios se llevara la plaga. Por ejemplo, el 14 de mayo se organizó una gran procesión para pedir ayuda al Altísimo, que se inició en la catedral y terminó en Santa María del Mar, más allá de las murallas. Y, ante la carencia de explicación racional, se buscaban todo tipo de motivos para la hecatombe: una conjunción astral, los pecados del mundo y, algo recurrente en la historia, los judíos, a quien se culpó falsamente de envenenar los pozos. Así, tras el entierro de una víctima de la peste, la turba asaltó el Call. Naturalmente, tal castigo no tuvo ninguna incidencia en la erradicación de la enfermedad.

El 17 de julio de 1821, otro barco trajo la parca a la ciudad. Se llamaba *El Gran Turco*. Formaba parte de una

flota que navegó entre Las Antillas y España, y tras hacer escala en Málaga, fondeó en Barcelona. Cuando atracó, varios calafateadores fallecieron por una dolencia que costó tiempo diagnosticar: la fiebre amarilla. En realidad, los tripulantes ya llegaron enfermos, apiñados en sus bodegas, tras contagiarse en América.

En pocos meses se contaron 6.244 víctimas, en una ciudad de 100.000 almas. La mortandad desató el pánico en las calles y barrios cercanos al puerto se despoblaron, mientras que en Sants, Hostafrancs y Montjuïc florecían las barracas en las que se asentaban los que huían de la plaga. De esta gran tragedia nos queda un recuerdo: un templete en el cementerio del Poblenou, erigido en 1823 por Antonio Ginesí y reformado por Leandre Albareda en 1895, en memoria

La fiebre amarilla llegó en 1821: despobló unos barrios y con quienes huían de la plaga colonizó otros

de los médicos y concejales del Consistorio que no huyeron de la capital y fallecieron combatiendo la enfermedad.

No es fácil encontrar estadísticas sobre la mortalidad que causó el tífus exentemático entre 1941 y 1942, como tampoco es seguro por qué se le llamó a esta plaga el piojo verde, ya que no hay ninguna variedad de este animal, que actuaba como transmisor, que luciera tal color. Es posible que se la bautizara así para asociarla a una canción perseguida por la Iglesia: *Ojos verdes*, de Rafael de León, considerada tremendamente erótica en esos tiempos. Era una enfermedad desconocida en estos pagos, y no se puede descartar que la propagaran las tropas llegadas de África para la Guerra Civil. El primer contagio en Barcelona se produjo durante el verano de 1941, así como el primer fallecimiento. Sabemos quién fue la víctima: Rosa Soler Cañas, asistenta, que expiró en noviembre. Las memorias médicas de esa época hablan de una irrupción "brusca y masiva". El hospital del Mar tuvo que doblar sus camas para atender a los enfermos y, en 1943, la estadística arrojó el balance de 2.435 casos, con una mortalidad del 15%. Entre los fallecidos había mucha gente humilde, que era llevada al antiguo pabellón de Rumania de la Exposición Universal, pero también ciudadanos ilustres. En el hospital del Mar, centro de la lucha contra el piojo verde, se dejaron la vida en el combate cinco médicos y enfermeras.

Aunque parece un capítulo cerrado, episodios como la gripe aviar o el ébola nos recuerdan que los enemigos invisibles son feroces, y que las epidemias aún existen. ●

El recuerdo. En el cementerio del Poblenou se levanta este monolito en memoria de los médicos y concejales de Barcelona que murieron luchando contra la epidemia de fiebre amarilla

